



Francisco Á. Cañete Páez
Licenciado en Ciencias
Económicas, Comte. de
Infantería y Profesor
Mercantil

SEMBLANZA Y REHABILITACIÓN HISTÓRICA DE LOS HERMANOS DE FRANCISCO PIZARRO

“La Conquista del Imperio Incáico y Fundación de la ciudad de Lima, capital del vasto Imperio del Perú, debido a la abnegación, fortaleza, bravura y heroísmo, junto a la entrega y sacrificio de Francisco Pizarro y sus hombres, han venido cubriendo y cubren hoy, muchas páginas gloriosas de nuestra Historia Patria. Y siendo esto rigurosamente cierto y comprobado, no lo es menos, que entre aquel tupido plantel de varones arriscados y sangre codiciosa, tan sólo un número muy escaso y apenas perceptible, son los que han conseguido el verse inmortalizados por la fama. Y esto lo que sucede con tres de los hermanos de Francisco Pizarro: Hernando, Gonzalo y Juan, que con sus victorias y también con sus derrotas, con sus alegrías y con sus adversidades, creo sinceramente que la Historia no les ha hecho la mención que en justicia y rigor les corresponden. En estas líneas voy a intentar mitigar en lo posible este olvido. Dejo para el final a otro hermano de madre de Francisco Pizarro: se trata de Francisco Martín Alcántara, que si bien es cierto no participó en ninguna acción guerrera, sí le cabe el honor de haber muerto junto a su hermano Francisco, defendiéndolo, en la redada que le tendieron a este, once de los asesinos capitaneados por el traidor Martín de Rada, en la tarde-noche del 24 de Junio de 1541”.

PALABRAS CLAVE. Abnegación, Bravura, Fortaleza, Heroísmo, Historia, Patria, Imperio, Inca, Inmortalizados, alegrías, adversidades, traiciones, redadas.

A MODO DE PRÓLOGO.-

El interés que despiertan los sucesos españoles en la conquista del Perú, va más allá de las jornadas que concluyen en Cajamarca con la derrota y prisión del Inca. Pero aquello fue el pórtico tan sólo y lo que vino después constituye prueba evidente de que cuanto consiguieron Francisco Pizarro y sus hombres no obedeció, como algunos han pretendido, a complacencia de un ventajoso azar. Si pudo confirmarse entonces de lo que para los audaces es el rostro amable de la fortuna, hay que confesar que sólo parcialmente y por poco tiempo; por ello cuando vemos a casi todos los conquistadores ir cayendo uno tras otro en las más hostiles circunstancias tenemos que pensar que, en realidad bien pronto la suerte dejara de sonreírles, y que muy por encima de ella, avara aún tras su derrota en la muerte, se quedaron sus merecimientos. Es cierto que muy en escaso número son los que han conseguido verse inmortalizados por la fama de aquel tupido plantel de varones arriscados, de sangre codiciosa y además erguido. Sorprende a la más ligera lectura de las obras de nuestros Cronistas de Indias, ver cuántos héroes cuyas vidas fueron un tejido de portentosas hazañas, permanecen ignorados aún hasta para los mismos españoles. Descartadas las figuras cumbres de la Conquista –un Pizarro, un Cortés, un Valdivia-, los demás apenas han merecido más atención que la superficial y de paso imprescindibles para decorar la descripción de

aquellas. De aquí que, pese a la labor aislada de algunos historiadores del presente, aún no exista entre nosotros una verdadera comprensión de lo que el Descubrimiento y la Conquista de América supuso para nuestra Patria. En las presentes líneas me propongo llevar a cabo un breve intento de reconstruir en sus rasgos esenciales a tres de las figuras más importantes en la conquista del Perú, a las cuales no se les ha hecho la justicia que a todas luces merecen: Los hermanos de Francisco Pizarro: Hernando, Gonzalo y Juan, que, sin restarle un ápice a la ingente y gloriosa labor de su hermano, tan gran apoyo prestaron a Francisco, en las prodigiosas hazañas que le han hecho ocupar un lugar preferente en nuestra historia de Indias.

BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE LOS HERMANOS DE FRANCISCO PIZARRO Y SU REHABILITACIÓN HISTÓRICA.-

HERNANDO (1504-1580)

Hernando Pizarro y Vargas, nació en Trujillo (Extremadura) en 1504, siendo hijo del Capitán Don Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar, más conocido por “Gonzalo El Largo” y Doña Elvira de Mendoza y Vargas. Los cronistas de la época nos lo retratan así “De alta estatura é grueso; la lengua é labios gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne y encendida”. De sus andanzas antes de llegar

a las Indias nos da noticias un descendiente suyo, Pedro Pizarro y Orellana, cuando nos dice que Hernando fue educado desde niño con vistas a la Milicia. A los dieciséis años acompañó a su padre en las guerras de Italia y Francia, participando en todas las acciones importantes que se ofrecieron como Alferez de las compañías de su padre. Asistió también a las guerras de Navarra, donde muerto su padre en el asalto a la fortaleza de Anaya y “*puesta la bandera en el castillo cuando se ganó, le pareció que, con justa causa, podría pretender en la sucesión del mando de las Compañías de su padre*”. No habría de conseguirlo, pues el César (Carlos I de España) se negó a dicha petición, alegando muy acertadamente, que el mando de Compañía requiere el empleo de Capitán y Hernando tan solo era Alferez. Habiéndose aquietado las guerras de Francia y Navarra con España, Hernando Pizarro se retiró a su Extremadura natal entre decepcionado y humillado. Determina pues para salir de su molición, vender los bienes libres que tenían y empeñar los vinculados por algunos años, con objeto de pasarse a Indias. En tal coyuntura y obtenido el concierto de toda la familia pizarreña, determinan pasar a Indias a emprender la conquista del hasta entonces Imperio de los Incas.

Desde el primer momento la figura de Hernando adquiere importancia capital: es el legítimo representante de la casa de los Pizarros, y como a tal sus hermanos, (excepto Francisco que es el mayor, y tiene una superior práctica militar), le acatan y respetan en todo momento. El primer tropiezo tiene que darlo con Almagro; éste ha sido hasta entonces el compañero de Francisco Pizarro, y ahora ve en perspectiva una reducción de su papel en la empresa; se percata, en su vidriosa condición, de que ante Hernando que viene aureolado de un buen prestigio militar, y que es además hidalgo, puede quedar humillado, oscurecido y relegado a un papel secundario; por ello y al surgir las primeras tiranteces, Almagro se resiste a los mediadores que quieren componer la cosa, pues es hombre desconfiado y rencoroso. Pudo haber algo de ello, pero no podemos de dejar constancia que, desde un principio la conquista de América fue obra eminentemente popular: Hidalgos, nobles y caballeros, se sentían más atraídos por los escenarios bélicos europeos, antes de emprender la ruta de las Indias. Esto debió sentirlo Almagro, como otros muchos que nunca le perdonaron a Hernando la natural arrogancia de su temple. En este punto la camaradería de Almagro y Francisco Pizarro estuvo a punto de romperse, pero al fin tuvo

que ceder temeroso de que Hernando con sus propios medios le pudiese ganar la partida por la mano. Almagro se vio obligado a amainar sus humos, y restablecida aparentemente la paz entre los dos viejos camaradas, se inició la más que importante empresa de la conquista del Perú. El papel que en ella desempeñó Hernando fue primordial, después de su hermano Francisco y descontando el mérito que pueda caberle a Almagro como iniciador, es el suyo el de mayor relieve. En cuanto a los preliminares de la conquista no fueron fáciles ni asequibles en ningún momento. El divorcio se inicia por si las atribuciones concedidas por la Corona a Francisco Pizarro de una parte, y a Diego de Almagro por otra, abarcaban o no la que fue capital del Imperio Incásico; a tal efecto, se trabó un forcejeo denodado entre ambos, que sólo había de concluir con el aniquilamiento y dispersión de cuantos se agruparon en uno o en otro de los dos bando rivales: Pizarristas y Almagristas. Al fin arreglóse otra vez la paz, y Almagro arrepentido, salía para emprender la conquista de Chile, en tanto que Hernando venía a ponerse al frente de la ciudad de Cuzco, junto a la cual se iniciaba la tremenda insurrección acaudillada por Manco Inca, quien



Francisco Pizarro, descubridor del Perú.

D-53/A

Francisco Pizarro, descubridor del Perú, por José Maea (1795)

estuvo a punto de dar al traste con las posiciones conquistadas por los españoles. Si Manco Inca fracasó en su empeño, obra fue de los tres hermanos de Francisco Pizarro (éste ya se hallaba al frente del Gobierno del Perú) que, al mando de Hernando, sostuvieron el sitio con un heroísmo sin par. Cien mil indios, según los cálculos más prudentes, mantuvieron contra tan sólo doscientos españoles, por espacio de largos meses el cerco de Cuzco. Preciso fue, por consiguiente que Hernando, como jefe supremo, y Juan y Gonzalo como sus lugartenientes, derrocharan un heroísmo para que no se perdiera la ciudad, y diera comienzo con ello tal vez la ruina total de una conquista que tanta sangre y esfuerzo nos había costado.

Cuando ya los indios vislumbraban la inutilidad de sus tentativas, apareció de nuevo Almagro, siendo recibido por Hernando que se dirigió a él con su altivez y desenfado característico: *“Si venís como vecino del Cuzco e compañero del Gobernador, mi hermano, seréis obedecido, e agrado e servido; más si pensáis aprovecharos de las provisiones Reales que yo os envié, aparejad y apretad los puños, que pues mi hermano Juan Pizarro, sin barbas, os lo defendió cuando quisisteis tomar la posesión del Cuzco por los traslados dellas, razón será, que yo con barbas, os lo defienda”*. ¡Y vaya si lo defendió! Como que peleó hasta el último momento, cuando ya la casa en donde junto con Gonzalo –Juan había muerto en brava pelea con los indios- se hizo fuerte y empezaba a desplomarse tras haber sido incendiada por sus enemigos. Almagro hizo prisioneros a ambos hermanos (Hernando y Gonzalo) y los puso a buen recaudo. Pero ya las cosas habían llegado a un punto en que ni Pizarro (Hernando) podía estar seguro de que no hubiera entre sus huestes devotos del mariscal (así se hacía llamar Almagro), ni éste fiarse de que en sus filas no existieran parciales del primero. Almagro accede a dar la libertad a los hermanos Pizarro, pero ya no había remedio. Nadie se fiaba de nadie. El último acto del drama para Almagro fue *“La Batalla de Las Salinas”*. En ella tenía que decidirse, definitivamente, la destrucción de él o de su rival Hernando. Este (Hernando) supo, antes de empezar la lucha, como entre sus contrarios había el propósito de buscarle a él preferentemente en el campo de batalla para destruirle, y reaccionó ante ello con un gesto de arrogancia y firmeza: se puso sobre la armadura para ser bien distinguido, una sobreveste de damasco anaranjado y en la cimera del casco un hermoso penacho de plumas blancas. Y ya se sabe lo que sigue: venció Hernando y el viejo mariscal (Almagro) que desde una litera presenciaba la acción, viendo la derrota de los suyos les gritaba poco antes de caer prisionero *“Creí, caballeros que*

habíamos venido a pelear”. Almagro fue tratado cortésmente en su breve cautiverio. Sometido a juicio, fue condenado a muerte, siendo ajusticiado el 8 de julio de 1538. Hernando Pizarro regresó a España, donde se le siguió proceso, permaneciendo varios años arrestado en el Castillo de La Mota. En 1551, a los cuarenta y nueve años de edad, contrajo matrimonio con su sobrina Francisca, hija de su hermano Francisco, que tan solo contaba entonces diecinueve años. Hernando Pizarro falleció en Trujillo en 1580, siendo enterrado en la trujillana iglesia conventual de San Francisco. Fue duro, batallador, inflexible en sus resoluciones, enérgico por demás y poseía la arrogante altivez que por su sangre, educación y espíritu le correspondían. Creo, que no se le ha estudiado como sus méritos reclaman, y es, sin embargo, una de las figuras de nuestro pasado que mejor lo merecen.

GONZALO (1510-1548)

Pocos hombres habrán conocido, como Gonzalo Pizarro, el duro y breve trecho que va del esplendor y el poderío a las amarguras de la suerte contraria, humilladora y vil. Fue *“tan feliz en los principios como desdichado en los fines”*, nos dice su pariente Pizarro y Orellana, quien también se condele de que la fama no le haya respetado como debía, siendo tan merecedor de que lo recompensase más generosamente sus fatigas: *“quien hubiera visto –añade- los sucesos del desdichado Gonzalo Pizarro, objeto de la calumnia común, conocerá que aventajó con sus virtudes a los mentidos achaques que le imputaron”*. Bosquejemos primero su retrato con la ayuda de algún que otro cronista que tengo en mi archivo: *“Gonzalo Pizarro era valiente, sabía poco, tenía muy buen rostro y buena barba, hombre apretado y no largo y muy buen hombre de a caballo”*, según las palabras de Pedro Pizarro. Algo más completa, aunque sin diferir en lo esencial de la anterior encuentro la descripción de Agustín de Zárate, quien también conoció y trató a Gonzalo: *“Alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros, era moreno de rostro y la barba negra y muy larga. Eran inclinado a las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della, y con ser hombre de bajo rendimiento declaraba bien sus conceptos aunque con muy groseras palabras; sabía guardar mal un secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Dábase demasiado a mujeres así a indias como de Castilla”*. Cuando en unión de sus hermanos pasa Gonzalo a Ultramar, era no más que un mozalbete de veinticuatro años escasos. ¿Sería ya entonces el soldado de probada bravura, arrojo y pericia singulares de que se hicieron eco posteriormente todos los cronistas?

Pizarro y Orellana nos dice que “antes de su paso a Indias y en diversas partes había servido a Su Majestad Imperial con gran reputación”; más las noticias son muy pobres para que puedan aclararnos gran cosa; contestémoslos con saber- y ya es suficiente- que era hijo de Gonzalo Pizarro “*El Largo*”, bastardo como sus hermanos Francisco y Juan, y que como ellos heredaría, en el solar extremeño, aquél temple activo, fogoso y recio que haría del apellido común, mejor que una denominación familiar, un exponente harto expresivo de combativas virtudes. Gonzalo Pizarro vive las jornadas más intensas de la conquista. En ellas se forja y endurece; los momentos de mayor peligro- a las órdenes de Francisco y de Hernando, o como capitán en jefe- le encuentran siempre preparado para hacer buena la ocasión “*Quando Gonzalo Pizarro, que haya gloria, -refiere Garcilaso Inca- monta en su caballo, no hacía más caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas*”. Presente en todas las jornadas que conducen al triunfo en Cajamarca, y al tremendo sitio del Cuzco por las fuerzas indígenas de Marco Inca, han de revelarle como lo que amigos y enemigos no han podido silenciar: un soldado prodigioso y un arriscado y experto capitán.



Atahualpa (Museo Nac. de Arqueología, Antropología e Historia del Perú)

La primera vez que Gonzalo va a actuar como jefe absoluto es cuando la expedición en busca del Dorado Y La Canela. La expedición a *La Canela* salió de Quito a principios de 1541; la componían poco más de 200 españoles y unos 4.000 indios leales a la Corona. En la expedición se llevaban de cuatro a cinco mil cerdos, un millar de perros y buena cantidad de llamas para el transporte del fardaje. El Balance y el resultado de la expedición no pudo ser más negativo. Nos cuenta Gomara en *su Historia General de Indias* “*Caminaron casi cuatrocientas leguas y no volvieron cien españoles de los doscientos y más que fueron. No volvió ninguno de cuantos llevaron, ni caballo que todos se los comieron, y aún estuvieron por comerse a los españoles que se morían. Cuando llegaban a donde había españoles besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y pies, aunque los más traían cueros, caperuzas y abarcas de venado. Venían tan flacos y desfigurados que no se conocían, y tan estragados los estómagos que les hacía mal lo mucho y aún lo razonable*”.

Al llegar Gonzalo a Quito, después de la fracasada aventura de *La Canela*, recibió una mala noticia, cuando le dijeron que “Vuestro hermano Don Francisco Pizarro, había sido villanamente asesinado, por unos amotinados (más de once), que, a las órdenes de Juan de Rada asaltaron su residencia y dieron muerte al marqués, que se defendió heroicamente”. Qué situación más triste para Gonzalo. Juan, el menor, muerto cuando apenas contaba veinticuatro años durante el sitio de Cuzco -como explicaré en su siguiente y breve biografía-, Hernando preso en el Castillo de la Mota, por algún que otro desafuero cometido antes de su marcha a Indias, y ahora aquél que más que hermano fue un segundo padre para todos, su entrañable Francisco, asesinado en su palacio de Lima. Sólo él quedaba ya en aquella tierra áspera y cruel, que la historia vincularía a su apellido, y cuando ni él mismo era capaz de imaginar el muy poco el tiempo de vida que le quedaba, pues también sería ajusticiado por una presunta rebeldía jamás aclarada ni demostrada.

Conocidas en Castilla las revueltas, alteraciones y muertes infamantes acaecidas en Ultramar, dictáronse por el Consejo de Indias unas muy severas Ordenanzas, para cuya aplicación en el Perú, y con título de Virrey fue enviado Blasco Núñez de Vela. General fue el disgusto con el que fueron acogidas (Las Ordenanzas) por conquistadores y colonos, y por ello,

además de la inflexibilidad del Virrey, dio origen a un vivo movimiento de insubordinación y protesta. No discutiremos que Gonzalo Pizarro aprovechara la ocasión para reclamar sus derechos a la gobernación del Perú; pero es lo cierto que todos pusieron en él sus esperanzas ante el rigor que se cernía sobre sus cabezas, y que fue intensísima la presión que sobre él ejercieron para hacerle salir de su retiro, *Cieza de León* nos lo dice claramente: “*Y no quieran los más que vivían en él dorar sus iniquidades y grandes traiciones, echando la culpa al Capitán Gonzalo Pizarro, que, sin comparación, eran muchas más las cartas que le iban de todas partes persuadiéndole a que viniere de donde estaba, que todos le servirían y acudirían con sus haciendas y sus personas*”.

Cuando los procuradores de Gonzalo solicitan para él, de los oidores de la Audiencia, la gobernación del Perú, daban como justificante de ello “*por cuanto así cumplía al servicio del Rey, sosiego de los españoles y bien de los naturales*”. Gonzalo sentíase con derecho preferente al título, y su intención sería, aprovechando las circunstancias en las que claramente veía – como hombre que con parte tan principal había vivido la Conquista- el dictado de medidas con base para realizar una buena labor que justificando su actitud, cuyo carácter de acto de fuerza no podía escapársele, permitiera se le ratificase en el puesto, que por diversos conceptos, a él mejor que a nadie, correspondía. Sin embargo y por desgracia, el curso de los acontecimientos torció su voluntad; la traición y villanía de sus seguidores, tras inducirle a lo peor le hizo fracasar en su empeño, y al cabo, adverso el rumbo de su estrella, tras una serie de inútiles forcejeos y peripecias se vio obligado a rendirse ante Don Pedro de La Gasca, Consejero del Tribunal del Santo Oficio, enviado por la Corona para atajar la rebeldía de los conquistadores. El Consejo de Guerra, declaró culpable a Gonzalo, que en la mañana del 10 de abril de 1548, fue ejecutado en la plaza pública de Cuzco. Antes de morir se dirigió al verdugo con tono resolutivo diciéndole “*Cumplid vuestro deber con mano firme*”. Minutos después caía su cabeza ante la condolencia profunda de los asistentes, soldados los más que lucharon a sus órdenes, y que convertidos a última hora en enemigos suyos, debieron sentir en aquellos instantes como un remordimiento de conciencia, al considerar los beneficios, y el trato generoso y benévolo que Gonzalo siempre les otorgara. En cuanto a Don Pedro de La Gasca, en premio a su victoria, fue recompensado por la Corona a su regreso a España, con los Obispados de Palencia y posteriormente de Sigüenza.

La figura de Gonzalo, animoso, batallador y aguerrido, nos deja un regusto intenso de admiración

y tristeza. Por su heroica contribución a la conquista del Perú, en unión de sus hermanos, Francisco, Hernando y Juan, Gonzalo tiene cabida perfecta en esta semblanza histórica de reconocimiento a su figura.

JUAN (1512-1536)

Y llegamos ya para concluir esta trilogía de los hermanos de Francisco Pizarro, a glosar, siquiera sea muy someramente, la figura de Juan el menor de los hermanos. Juan Pizarro Alonso nació en Trujillo (Cáceres) en 1512, siendo hijo de Gonzalo Pizarro y hermano de padre de Francisco, Hernando y Gonzalo. Falleció muy joven, (en 1536) a los 24 años, de resultas de las graves heridas sufridas en el asalto a la Fortaleza de Sacsahuaman, durante el sitio de Cuzco, como relato a continuación, ya que su vida y hasta su fallecimiento apenas si difiere de la de su hermano Gonzalo, con el cual se encuentra codo a codo en casi todas las jornadas precedentes.

Estaba defendido el Cuzco a Levante por la famosa fortaleza de Sacsahuaman, construída sobre el cerro que preside a la ciudad por dicha parte. Ante la presión de los indios optóse por abandonar dicha fortaleza, al objeto de no distraer fuerzas. Tal había sido el parecer de Juan quien había afirmado “*Si los indios la toman al dejarla nosotros, no lo tengo por inconveniente, porque todas las veces que fuese menester yo prometo ganársela con veinte de a caballo*”. En efecto, los indios se adueñaron de la fortaleza al día siguiente. Pronto se hicieron notar las consecuencias del grave error cometido, pues desde allí lograron aquellos una posición de ataque inmejorable. Fue necesario entonces volver sobre el acuerdo y decidirse a apoderarse nuevamente del fuerte. Juan, herido un poco antes en las diversas escaramuzas, reclamó por suya la empresa: “*Por mi culpa -dijo- se perdió la fortaleza, justo es que yo me obligue a recuperarla*”. Sea, contestó Hernando, pero a condición de que vos, pues no habéis curado aún de vuestra herida, os estéis de pelear.

De acuerdo con el plan establecido, Juan, acompañado por Gonzalo y por el capitán Ponce de León, en la mañana del 6 de Abril de 1536, partió de la ciudad al caer la tarde al frente de cincuenta hombres, tomando la dirección contraria a la fortaleza con objeto de atacarla de improviso. Llegados al pie de ella, Gonzalo consiguió trasponer el primero de los tres grandes muros que la defendían; pero antes de llegar al segundo, advertidos ya los indios del ataque, descargaron sobre ellos una lluvia apretada y furiosa de flechas tal que, “*aunque Gonzalo Pizarro hacía todo lo que podía para salir con su propósito, los españoles comenzaban a aflojar*”. La sangre impaciente y

HISTORIA DE ESPAÑA

belicosa de Juan Pizarro no podía permitirle quedarse rezagado, pese a la orden expresa de Hernando. Llevaba vendada aún la cabeza, por lo que no podía encajarse la celada, pese a esto, no se detuvo por ello, viendo como a pesar de los esfuerzos de Gonzalo, la gente le retrocedía; sin pensarlo un momento, lanzóse Juan a su lado y redoblando el brío y la acometida de los suyos, consiguió que se ganasen los tres muros defensivos. Pero quedaba los más difícil, el asalto a los torreones. Entre los que se defendían desde allí y los demás que se hallaban en lo alto de los torreones, descargaron furiosamente sobre los nuestros gran cantidad de flechas, dardos, maderos y pedazos de roca y piedras de las que habían hecho gran acopio, una de estas, impelida con gran fuerza, dio sobre la cabeza de Juan Pizarro antes de que tuviese tiempo de protegerse con la adarga. La potencia del golpe le hizo caer a tierra, pero no cejó por ello en sus enérgicas conminaciones para enardecer a los suyos. Al final, la plataforma fue tomada y todos sus

defensores pasados a cuchillo. Gonzalo continuó animando a los suyos, prodigándose más allá de lo verosímil, pero el asalto tendría que detenerse ante la imposibilidad de darle fin sin escalas que lo facilitase. Con la presencia de Hernando, y las escalas correspondientes, al día siguiente se consiguió al fin la conquista de la importante fortaleza.

Juan Pizarro tuvo que ser descendido a la ciudad presa de agudos dolores, falleciendo a los quince días (4 de mayo de 1536). Sus restos descansan en el convento de Santo Domingo de Cuzco. De él escribió Prescott “*Para decir que era valiente, baste decir que era Pizarro*”. Su paso breve y arrogante por aquellas tierras vinculadas a la gloria de su apellido, parece más bien vuelo raudo y decidido de joven azor. Su pariente Pedro Pizarro, con la justicia y parquedad en él características nos lo retrata así: “*Era valiente y muy animoso, gentilhombre magnánimo y afable*”. Cayó de cara al enemigo como los buenos. Fue el único, pues los



Americae Pars Magis Cognita Chorographia nobilis & opulentae Peruvanae Provinciae, atque Brasiliae, ...MDXCII, en el Libro III de “Grandes viajes de De Bry” por Theodor de Bry (Fráncfort 1572)

otros hermanos, como se sabe, llegaron al término de sus días en circunstancias dignas de lamentar: por el hierro de la traición, en la ruina de la vejez o en el cadalso. El cronista Agustín de Zárate, epiloga así la muerte de Juan Pizarro: *“Fue gran pérdida en la tierra, porque Juan Pizarro era muy valiente y experimentado en las guerras de los indios y bienquisto y amado de todos”*.

En el convento de Santo Domingo de Cuzco (como ya he hecho referencia) que fue en tiempo de los Incas Templo del Sol, yacen los restos mortales de este héroe juvenil, cuyo nombre escueto sobre la lápida que los cubre, ha de ser, siguiendo la afirmación de Prescott, epitafio harto expresivo por sí solo para no requerir más elocuente apostilla a su eterno descanso.

EPÍLOGO ENCOMIÁSTICO ALUSIVO A LA MUERTE DE FRANCISCO PIZARRO.-

Concluyo aquí está esbozada galería de los hermanos del Marqués de los Atavillos (Francisco Pizarro), conquistador del Perú. Otros hermanos tuvo, vástagos de un progenitor, el trujillano capitán Don Gonzalo Pizarro, más conocido por su larga lista de sobrenombres: Gonzalo “El Largo”, “el Romano”, “el Viejo”, “El Galán” “El Tuerto”... pero no figuran en los anales de la Conquista ninguno de los otros descendientes inmediatos. Queda tan sólo aquél otro hermano de Francisco Pizarro, por parte de la madre, que se llamó Francisco Martín Alcántara. Su intervención apenas va unida a algún hecho de armas notable; tan sólo y no es poco (de ahí que lo reseñe en estas líneas biográficas) a estar presente en los últimos momentos del Conquistador del Perú, cuando un grupo de amotinados asaltaron su residencia, y le dieron alevosa muerte. Martín Alcántara fue de los

pocos que permanecieron a su lado dispuesto a vender cara su vida y la su hermano el marqués. Hasta once eran los asesinos capitaneados por el traidor Juan de Rada. Consiguieron llegar hasta la cámara donde aquél trataba apresuradamente de ponerse la coraza; no le dio tiempo, su impaciencia no se lo consintió, y dejándola a un lado, empuñó la espada para lanzarse afuera gritando: *“A ellos hermanos, que nosotros bastamos para estos traidores”* Martín, cayó el primero, y Francisco, como el león acosado en su cueva se defendía bravamente *“esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba por valiente que fuese”*. Rada, por abreviar, empujó a uno de los suyos sobre aquél para embarazarle los movimientos. A poco caía de una estocada en la garganta el conquistador del Perú. Gómara nos recoge sus últimas palabras. Francisco Pizarro *“Murió pidiendo confesión y haciendo la cruz, sin que nadie dijese “Dios te perdone”*. Era el 24 de Junio de 1541”.

¡HONOR Y GLORIA A TAN ESCLARECIDO HÉROE DE NUESTRA INMORTAL HISTORIA!

BIBLIOGRAFÍA:

- Cúneo Vidal.-RÓMULO. *“Vida del Conquistador Don Francisco Pizarro y de sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan”*.- Editorial Maucci (Barcelona, 1925)
- Espino López.-ANTONIO. *“Plata y Sangre. La Conquista del Imperio Inca y las Guerras Civiles del Perú”* Desperta Ferro Ediciones.
- Mira Ceballos.- ESTEBAN. *“Una nueva visión de la Conquista del Perú”* Crítica Editorial (1931)
- Ortiz Carrasco.- MARTA. *“Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú”* Editorial Cátedra.- Letra Hispánica.(1976).-
- Stern, STEVE.- *“Los Pueblos Indígenas del Perú y el desafío de la Conquista Española”* ALIANZA EDITORIAL (1989)

FELICITACIÓN

La Junta Directiva de **AMARTE** y la dirección, redactores y colaboradores, desean muchas felicidades a los miembros de los siguientes cuerpos y unidades con motivo de la celebración de sus patronazgos: **especialidad fundamental de Artillería del Cuerpo General del Ejército de Tierra y de las Especialidades fundamentales de Armamento, Mecánica y Química del Cuerpo de Ingenieros Politécnicos del citado ejército**, Santa Bárbara (4 de diciembre); **especialidad fundamental de Infantería del Cuerpo General del Ejército de Tierra, del Cuerpo Jurídico Militar y de los capellanes castrenses**, Inmaculada Concepción (8 de diciembre); **Ejército del Aire**, Nuestra Señora del Loreto (10 de diciembre), **Cuerpo de Especialistas del Ejército de Tierra y de las especialidades fundamentales de este ejército de Electrónica y Telecomunicaciones, Mantenimiento y Montaje de Equipos, electricidad, Informática, Automoción, Mantenimiento de Aeronaves, Mantenimiento de Armamento y Material, Mantenimiento de Vehículos, Mantenimiento Electrónico y de Telecomunicaciones, Chapa y Soldadura, Montador Electricista y Montador de Equipos**, San Juan Bosco (31 de enero)